
Coito, luego existo.

Acerca de la ciudad contemporánea

PERE SALABERT

Resultado de un collage más que de una síntesis, el presente trabajo –que resumo en estas líneas– tiene origen en otro más extenso e inédito en el que dos modelos urbanos ejemplifican sendas modalidades de espacio comunitario: el tradicional de la Ciudad-recinto y el actual de una Ciudad-flujo. El primero, de sentido intencional y organizado, se actualiza en la significación; el segundo, de sentido abierto, múltiple o difuso, se reproduce a sí mismo y se propaga sin significar.

Hay además, en paralelo con lo anterior, dos modelos de comunidad: uno, moderno, es relacionable con la autofagia (una sociedad cuyo funcionamiento comparaba Lévi-Strauss a la máquina de vapor); y otro, postmoderno, vigente todavía, equiparable a una sociedad amévida –es decir, multiforme y trasparente– que se multiplica indefinidamente sin perecer. A esta última forma de sociedad, liberal y generalmente democrática, concentrada en grandes aglomeraciones urbanas destinadas a cubrir el planeta, le corresponde en términos actuales una triple libertad: somática (liberación canalizada de las pulsiones a través del sexo), de acción (espectacularidad del entorno y juego: la vida como esparcimiento turístico y deporte) y de expresión (lenguaje democratizado: auge de la «opinión» en el cotilleo de tertulia y de corrillo).

Primero, somática: el culto contemporáneo a la salud fetichiza el cuerpo y hace de él un instrumento de «buena vida» que ejercitado y lubricado para el sexo provechoso reemplaza el ceremonial del amor, largo y estomagante, con el estrechamiento del orgasmo, si puede ser «al paso».

Segundo, de acción: la vida diaria es un juego de fuerzas en circulación (pretensión/tensión/distensión) que al resolverse en la circularidad facilita una política de puro entretenimiento que disuelve en lo relacional todo vestigio de realidad.

Tercero, de expresión: el actual uso del lenguaje –comidilla maniobrera de los mass-media: política y deporte, publicidad y parodia– inhabilita el pensamiento con la oralidad, neutraliza el contenido de la información con el flujo de la comunicación, rechaza la veridicción mediante la opinión (doxa), y a ésta la ridiculiza con la paradoja.

Con ello está dado el paso del cogito ergo sum cartesiano al «coito, luego existo» de la actual cultura urbana. Literal y metafóricamente, ahora ser es copular.

CIUDAD

A diferencia de un modelo de ciudad consagrado por el tiempo histórico, el espacio comunitario surgido de la Revolución industrial se vuelve más contingente y transitivo cuanto mejor se amolda a la Modernidad desfallecida. Sujeto aquél a la lógica de lo necesario, representaba una exterioridad mundana acotada por la razón. Allí la ciudad incrementaba su valor subordinado a la inmediatez —su estructura y su función eran una respuesta a la necesidad— con un proyecto humanizador cuyo particular valor recreaba el primero y lo trascendía simbólicamente. Formal y funcionalmente significativa, la suya era una realidad estable. Por el contrario, nuestro ámbito actual urbano rechaza la estabilidad y se vuelve tan eventual en su organización como variable en su sentido. Arranca con un crecimiento urbanístico que diversifica topológicamente el modelo inicial, multiplica sus necesidades, se extravía por los caminos del despilfarro y accede a una dimensión de fluidez que borra todo límite.

Esto explica que al hablar hoy de la Ciudad atendamos de preferencia a su rai-gambre espacial, eligiendo por objeto alguna de sus tipologías históricas, o que contrariamente decidamos verla en su dinamismo temporal para comprobar lo que deviene cuantitativa y cualitativamente. En el primer caso dejamos de lado los síntomas del tiempo que corroe o adultera con nuevas preferencias y necesidades su primer trazado, retenemos una imagen estructural estática que abarcamos con la imaginación de una sola vez —«la» ciudad medieval, renacentista o barroca—, y acabamos oscilando con nuestras conclusiones entre un orden estético (diseño arquitectónico, planeación urbana: escenografía) y su inversión pragmática (distribución de actividades, capas sociales y repartición territorial, incluso costumbres en la vida comunitaria). En el segundo caso, en cambio —y siempre a condición de no focalizar un momento significativo de transformación o desarrollo: el París de Haussmann o la Barcelona de Cerdà—, nuestro interés nos lleva invariablemente a reparar una expansión de la ciudad más allá de sus propios límites, tanto físicos como psico-sociológicos. Y esto nos induce a una síntesis conceptual relacionada con la acromegalia.

Trátase de ciudades de Europa, América o Extremo Oriente, en la mayoría de los casos su actual desarrollo revela una suerte de degradación física junto a un declive sociológico: es un menoscabo semántico, una pérdida de sentido. Pero no es que la ciudad se esfume. No desaparece en el sentido literal del término; al revés: modalizado por el crecimiento y la dispersión, su pretendido eclipse denuncia la ubicuidad. El gigantismo ciudadano es un desvanecimiento por redundancia.

Así, el parecido entre la actual Metrópolis y el Universo infinito de Giordano Bruno radica en que ninguna de las dos cosas tiene *afuera*.

Acabo de llamar significativo al modelo de ciudad tradicional. Ahora llamemos *significación* a un sentido organizado, y por tanto acorde con un propósito o intención. La significación será entonces un proceso (no un estado) resultado de actualizar lo que había de posible en el sentido. Tomemos, por ejemplo, el diccionario léxico del castellano y su gramática. No hay duda de que tienen sentido, pero como carecen de intención discursiva lejos de haber allí una significación en particular lo que hay es su *posibilidad* mediante cualquiera de los discursos realizables en dicha lengua. Por eso *El Quijote* sí es un caso de significación, un discurso. Apliquemos ahora ambos términos –sentido y significación– a una idea general de Ciudad. Nos iremos de nuestro modelo tradicional plenamente significativo –una suerte de discurso urbano en cada una de sus concreciones–, a otro que habiendo perdido la unidad semántica ha liberado su espacio de orientación y se nos presenta desparramado y difuso, tentacular.

Como *El Quijote*, una ciudad clásica o medieval, renacentista e incluso barroca es la realización concreta, y por tanto significativa, de una serie de posibilidades semánticas. Sólo la ciudad actual considerada globalmente es una virtualidad. Porque su realización, caso de haberla, rechaza toda unidad ajena a las redes para la comunicación, a las vías que la surcan dándonos su imagen desintegrada, calidoscópica. Con ella nos ocurre como al hojear las formas lingüísticas en un diccionario: todo habla, todo apela a algún sentido realizable, pero sin especificar significación alguna. Al estilo del parque «temático» o el centro para el ocio, la ciudad es un área de muestreo, una variante recreativa del museo donde lo real es suplantado por la ficción, el lugar suplido con su escenografía, el conocer reemplazado por el jugar.

Al primer modelo le podemos llamar Ciudad-recinto. Lugar de una significación más o menos compleja pero constante, recorrer esa ciudad equivale a seguir el hilo de un discurso que a partir de un núcleo de sentido nos lleva a reparar un número discreto o moderado de unidades pertinentes. El segundo modelo, en cambio, sugiere mejor una ciudad fluida. Porque en ella lo prolijo determina lo redundante, que a su vez cae en lo difuso. En su seno la proliferación y el cruce de procesos de sentido anulan la posibilidad misma de significar y la transforman en una variable pura. Multiplicado o expandido, su espacio físico y semántico se abre en todas direcciones. El cuerpo disperso pierde en la metrópolis su centralidad –el *casco* o centro urbano– y se convierte en un *medio* que al paso de su difusión vendrá a rehacer o a reinventar nuevos «cascos» para la centralidad –centro comercial o de negocios, centro cultural o deportivo, etc.

Orientado de nuevo a la naturaleza, lo que ayer fuera modelo de cultura desafía a la técnica en la inacabable tarea de defensa y conservación para neutralizar su debilidad. Por reparables que sean sus límites, la ciudad en este punto no es más que un cuerpo descentrado, es decir: excéntrico, sus órganos diseminados o en montón. Con respecto a aquel lugar «central» en el que seguirían parecido ritmo el orden cultural y la socialidad, la estructura física y la organización humana, su interior ya se nos revela como ésta y otra parte, *topía* y *heterotopía* al mismo tiempo.

No hay centro. Luego el centro se encuentra en todas partes, es todo y nada a la vez en un organismo urbano multiforme que aun dándose una «misión» necesaria a cada momento, aun buscando su finalidad, no le encuentra un fin que sea capaz de redimirla.

La metrópolis contemporánea con su hipertrofia se vincula así a un arte cuya actual crisis no es menor que la suya propia: mucho sentido y nula significación. Como en un repertorio de formas léxicas, allí está potencialmente todo. Al ciudadano le incumbirá actualizarlo en alguna dirección.

Mientras tanto su realidad ronda lo sublime porque rebasa nuestras fuerzas y determina el agotamiento. Como de una persona a la que estimamos aun juzgándola insufrible, el ciudadano en su medio natural experimenta lo que llamaba Schiller la constricción de la razón. De la razón o del sentimiento, lo mismo da. Porque, o nos sentimos atraídos por lo que racionalmente nos repele, o consideramos de manera razonable lo que sin embargo nos sobrepasa. Y sólo al abandonar ese *medio*, almacenada como queda la ciudad en una memoria felizmente selectiva, somos capaces de pensar en la diversidad de sus facetas o en sus múltiples cualidades... No es que el fenómeno urbano haya perdido aquella categoría de relato que lo justificaba permitiéndonos abordar una ciudad como si fuera un libro, una novela. No; es que a la manera de un repertorio lexicográfico o una colección de normas gramaticales, posee la significación latente de todos los relatos *que todavía cabe hacer* mientras guarda embalsamados aquellos otros *que ya no son*.

Del tiempo sabemos que tiene su única realidad en el presente. Sin embargo, en nuestras grandes y viejas ciudades cargadas de historia este presente es un transbordo enloquecido entre el pasado que reanimamos sin cesar, para conservarlo —prestigio histórico y anzuelo turístico son sinónimos—, y un tecno-porvenir que se nos echa encima aun antes de haber llegado.

Por eso hablar hoy de la ciudad como de una categoría que abarca todas o gran parte de nuestras experiencias de cultura, ya no es hacerlo en términos urbanísticos de distribución de unos espacios locales destinados a articular el espacio global. Ni siquiera es referirse a una socialidad integrada por individuos que se interrelacionan. Si el modelo tradicional simbolizaba el mundo, su actual derivación es la metáfora que lo envuelve y nos lo oculta. Hablar hoy de la ciudad es hacerlo de su retórica. Adentrarse en ella es hacerlo en el laberinto «temático» de un parque para la recreación, acceder a un museo y a un supermercado al mismo tiempo. Es sondear una red comunicacional mundana cuyo crecimiento remeda y finalmente supera el propio espacio urbano para dejar su centralidad originaria disuelta en las brumas de una gesta semi-mítica anterior al tiempo —no de la historia, sino del mercado planetario y la comunicación—, y que ya se nos revela interminable.

Jano que mira al futuro y al pasado simultáneamente para dejar el presente en

ese pasar de largo, su única finalidad es invertirse en la trama infinita de sus representaciones virtualizantes.

Si alguna vez una ciudad fomentó en la mente del ciudadano o el atento viajero una imagen visual y olfativa, una imagen y un olor que la definían en su conjunto como un cuerpo orgánico, ahora el poder político y el capital invierten sus esfuerzos en hacer de ese cuerpo una atracción anatómica *light*: imagen visual pura, saneada y desodorizada, higienizada la epidermis escondiendo una inmundicia que en el caso de revelarse deberemos interpretar como ese punto de equívoco tolerable que le da a la gran urbe su tanto de «no sé qué». Es el único medio de hacer de ella un «producto» para el consumo turístico con un contenido estandarizado y distinto en cada uno de sus rincones, en cada una de sus múltiples perspectivas, hasta sugerir aquel Áyax shakespeareano que teniendo las articulaciones de todas las cosas tenía todas las cosas desarticuladas: Briareo paralítico con cien brazos de los que no hace uso, Argos lleno de ojos con los que no acierta a ver.

MUNDO Y CIUDAD

Inventado en su origen, el «mundo» es un ámbito acotado, después domesticado y al fin engullido por la actividad humana que ahora nos lo devuelve agonizante como un sustrato de vida cuyo trágico remate la técnica evitará. Ahora bien, excepto para las ciencias que en última instancia prefieren términos menos reblandecidos por el uso, también este mundo amaestrado y enfermizo escapa —como la ciudad— a su contenido semántico. Oscila entonces entre la crispada superficie planetaria y un concepto que a fuerza de abstracción ha dejado vacío su pellejo y por tanto susceptible de manejo. Porque «mundo», en el habla cotidiana, igual ya es otro nombre para la naturaleza, el ámbito rural o el medio ambiente, el paisaje o la reserva natural; lo mismo alude al orden mundial viario, a la actividad bancaria y al mercado, a la filatelia que a los mass-media y a las redes para la comunicación. Todo eso sin olvidar el «mundo» de la delincuencia o el deporte que engloba numerosos submundos: el del fútbol o el baloncesto, la equitación o el golf, la pesca submarina o con caña, el deporte «de aventura» o el esquí. Incluso el «mundo» de la droga tiene para la actual política de salubridad fascinada por sí misma mundos de mundos, desde la drogadicción más dura al tabaquismo y el alcohol. Mundos inmundos, estos últimos, ni siquiera hay que decirlo, puesto que inferiores a aquel teatro mundano de las apariencias platónicas que deja al hombre esclavo de su tosquedad, ellos además corroen ese bien social que es la salud y el bienestar de los ciudadanos llevando el «mundo» de la Sanidad pública a la bancarrota y hundiendo la economía de las naciones... Y es que el achicamiento gradual del mundo, con su natural pérdida de contenido, no impide la continua proliferación de «mundos».

Sin embargo el Mundo es el ámbito de lo posible. Se relaciona con la Ciudad, o lugar de lo real, mediante ese entramado ideológico que constituye la Naturaleza, un factor mental que regula las dos ideas precedentes. Proyectada la razón sobre «lo que hay» (mundo), lo dado *responde* como un conjunto (ciudad), que finalmente se convierte en un conjunto de conjuntos, una red mundial para la co-

municación integrada por el tejido urbano, las redes de transporte y la comunicación. En otras palabras: Mundo es la perimetría de la experiencia humana posible que toma cuerpo simbólicamente en una Ciudad que al extenderse engulle sus fronteras anulando de paso la Naturaleza reguladora. De modo que formado por las diversas construcciones mítico-religiosas, científicas o artísticas sedimentadas a lo largo de la historia, hoy el mundo viene determinado nuevamente por su virtualidad: un híbrido susceptible de nuevas hibridaciones. Imposible separarlo ya de la idea de ciudad. Imposible, asimismo, distinguirlo de la naturaleza. Al dispensarnos de toda regulación, eso hace de la «mundialización» una semiosis expansiva y dispersa, metastásica, un objeto hermenéutico impensable: medio de medios susceptible de cualquier significación.

Toda traslación nos lleva así del mundo al mundo en un movimiento sin solución de continuidad. «Los viejos vehículos de la antigua técnica van del mundo al mundo (*de ce monde à celui-ci encore*), de una ciudad a una capital, sin abandonar las directrices de unas rutas que desde hace un tiempo se han convertido en simples calles, puesto que el modelo de ciudad, monótono y dominante, invade imparable el espacio. De Milán a Dublín reina la megalópolis Europa»¹.

Si las regiones más remotas están ahora a nuestro alcance gracias a los «medios» de locomoción y comunicación, es que lo exterior se ha interiorizado, el exotismo ya es domesticidad. Su contrapartida es que también lo interior es capaz de proyectarse: ¿o no existen personajes que viven de airear una vida privada diseñada ex profeso para el espectáculo de masas? Incluso mi propia intimidad puede mundializarse con Internet. Ni aislamiento ni retiro. Cuando los términos se invierten es porque no hay término puntual alguno, porque el sentido vaga desvalido por doquier sin encontrar un territorio. Lo exótico ha dejado de existir, la otredad ha sido absorbida por lo mismo: legitimidad es igualación. Ahora todo es familiar, doméstico. De ahí que la intimidad se haya vuelto ambigua: aireada a los cuatro puntos cardinales, sigue teniendo su mejor pedazo en un exotismo de expectación mediáticamente procesado. Mismidad del yo en su recogimiento, Alteridad de lo otro en su solaz: ambos factores siguen ahí presentes e intercambian su posición gozosamente.

La ciudad de dimensión humana era descifrable en su organización, y el mundo, aunque inefable, se volvía familiar alojado entre sus límites. Ahora que el mundo es todo y se manifiesta como puro *medio* sin mediación de simbolismo alguno – pero el «en vivo» de los media sólo es una fascinación por lo real secuestrado por la imagen–; cuando lo exótico se ha hecho inteligible en todas sus vías, las ciudades encuentran en un infinito inabarcable su más explícita condición.

La figura del laberinto se ha vuelto con ello reversible. Teníamos primero el círculo ritual que trazaba en la tierra el chaman dándole a la vida un territorio, una

¹ SERRES, Michel: *Atlas*, Paris, 1994, p. 158.

frontera. Tuvimos más tarde la metáfora del Titánic o los grandes cruceros de placer, esas ciudades ambulantes para una «buena vida» ajena a las fronteras. Entre ambos momentos media un abismo. Pero de uno a otro, perdido el propósito inicial, el valor *purificado* del dinero desbanca lo concreto del valor, el plus de comunicación excluye la información, la proliferación monológica descarta todo diálogo, el palabreo incontinente escapa a la significación, el movimiento desenfrenado dispensa de orientación y el viaje por el viaje excluye todo destino. Es la entropía. No es que la forma de las cosas valga por sí misma, que la apariencia asumida sea finalmente puro objeto de contemplación. O la cibernética rechaza el cuerpo, y hablamos de virtualidad por desmaterialización, o la materia corporal rehusa la forma –como cierto arte actual–, en cuyo caso hablamos de los derechos de la materia y de una informidad sublime. En esa reversibilidad, todo el tiempo se reduce al *hic et nunc*. Porque al fin y al cabo, si vamos a mirar, una historia del fenómeno ciudadano ya es inseparable de su aparente contracara: Mundo y Naturaleza. Al confundirse todo, delante y detrás, en el cuerpo planetario de la ciudad, lo uno es inseparable de lo otro. Y eso nos devuelve a aquella figura prometeica que encadenada en un tiempo remoto al Cáucaso, todavía vive, como en un círculo neurótico, de no poder morir.

¿Qué es la «telépolis» de Echeverría? Una ciudad planetaria, eso desde luego: un mundo-ciudad global. Pero también es un don de la tecnociencia al poner la Idea platónica al alcance de todo el mundo. La ciudad planetaria ha democratizado aquel «océano» de belleza del que habla Diótima por boca de Sócrates en el *Banquete* –destino final de un viaje hacia la Luz en el que toda diferencia se anula, los extremos se confunden.

CIUDAD-RECINTO Y CIUDAD-FLUJO

Que hablar hoy de ciudades tampoco implique un enfoque estético según se hacía en los siglos XV y XVI, elogiando sus diversas cualidades, se entiende perfectamente. Términos como grandeza o suntuosidad, orden y belleza elogiaban ámbitos comunitarios relacionados con el ideal envolvente y protector de la Ciudad-recinto. Comparable a una joya (Zumthor), allí el perímetro ciudadano encerraba un lugar hospitalario que permitiendo la vida en común animaba una socialidad significativamente articulada según el modelo platónico de la *chora*. El espacio era amurallado y en su interior una ordenación de calles bien trazadas, con sus puentes y edificios, distribuía a los grupos humanos por zonas o por barrios según su rango u ocupaciones. Obediente a un esquema razonable, esa ciudad era propiamente un *hábitat* o habitación, lo que significa un medio en el que vivir según el *hábito*.

Hablar en nuestra época de su equivalente es hacerlo de un modelo mitad mental y mitad físico de Ciudad-flujo. Y emplear términos alusivos no ya a cualidades de apariencia duradera, sino a cantidades cuyo movimiento y celeridad destruye el hábito. Volcada en el entorno, la ciudad fluida se derrama en todas direcciones, abarca el territorio y señala un principio de desterritorialización. Creciendo

en vertical, excluye con frecuencia el cielo de la tierra, y al dispersarse pierde sus límites con la consiguiente satelización del centro urbano. Barrios, comunas o villorrios, ciudades-dormitorio o residenciales facilitan la superpoblación, aumentan la densidad del tránsito rodado, y con la crispación de los individuos (Simmel) llevan a la violencia ciudadana. Todo eso sin olvidar el medio ambiente y los monumentos, cuya degradación conviene neutralizar al tiempo que se atiende a los recursos para la integración o supervivencia de los grupos marginales de población, al número y a la competencia de los servicios, desde la administración a los transportes públicos o las pompas fúnebres... Sin embargo hay una palabra mágica cuya sola pronunciación parece capaz de interrumpir el crecimiento, controlar la contaminación, paralizar la degradación y mejorar el entorno: neutralizar, en suma, la fluidez. Esta palabra es «sostenibilidad», vocablo político que aplicado al *medio* le devuelve su perdida transparencia, alarga la vida y conserva la salud del ciudadano. Cuidado, defensa, protección y sustento son términos que la acompañan. Parte de la industria y el mercado, con la política y el capital, son sus promotores y beneficiarios principales. Porque el ciudadano, a quien le incumbe intensificar el consumo evitando contaminar, es el principal paciente de esa ciudad en la que todo cambia para permanecer igual a un sí mismo que *siempre es otro* (¿no ha dejado Barcelona de ser París para convertirse en Nueva York?), y disimula bajo la epidermis su auténtica condición de cuerpo cuyos desechos en fermentación amenazan con ahogarla exigiendo la destrucción o el reciclado mediante grandes esfuerzos e inmensas cantidades de energía destinadas a protegerla.

He aquí el *medio*, que una vez mercantilizado y bajo control, será un valor en circulación, un paquete de consumo turístico para el que cualquier nuevo producto llevará un *plus* —de fuerza, acción o «lógica»— que lo confirme como «novedad» en el mercado, sea un detergente *bio*-lógico de fórmula continuamente reforzada, un producto lácteo o un champú *pro*-vitaminado para la revitalización y el rejuvenecimiento, un automóvil *eco*-lógico de diseño actualizado... Aquí, y aunque sólo sea por el deseo de novedad, también venir al mundo constituye un acto inaugural y es digno de aprobación². Por eso todo nacimiento es celebrado..., aunque dada la saturación del medio, que un individuo permanezca demasiado tiempo en él será una terquedad y exigirá el cambio o alguna forma de revalidación. La medicina alarga nuestra vida y eso es deseable. El *porqué* es claro. Lo oscuro es su *para qué*, a menos que no sea para una segunda y fantástica juventud apta a un curioso exhibicionismo social. Es la razón de que contrariamente a lo que se dice con frecuencia, lo mal visto no sea la vejez sino la decrepitud incapaz de reciclarse, habida cuenta de que aun teniendo en la vida la llamada «tercera edad» un acto social cumplido, algunos de sus individuos todavía se aferran tercamente a dicho acto, lo prosiguen por pura inercia, comprometiendo con la imagen de su declive la anhelada sostenibilidad del medio. La situación así

² Pero la fórmula no es generalizable: China, por ejemplo, se abre al mercado y fiscaliza los nacimientos.

se carga de obscenidad, porque en estas condiciones la vejez exhibe a la vista de todo el mundo un pasado que ese mismo mundo tanto se esforzaba por ignorar. Lo que al fin y al cabo nos rinde a la evidencia: *sostenibilidad* significa que todo lo que hay, sea lo que sea, sólo está ahí para dejar paso a lo que seguirá..., aunque luego controlar esa fluidez no suponga prever lugar alguno para el desagüe.

Un ejemplo procedente del ensayismo periodístico: «Ya no basta que Johnny [es decir, Fulano] comprenda el pasado. Ni siquiera es suficiente que comprenda el presente, *pues el medio actual se desvanecerá muy pronto*. Johnny debe aprender a prever la dirección y el ritmo del cambio..., a hacer previsiones reiteradas, probables, cada vez más lejanas, acerca del futuro..., debemos producir, ante todo, imágenes sucesivas y alternativas del futuro, presunciones... sobre los medios familiares..., sobre la tecnología ambiente y sobre las estructuras de organización en que nos veremos envueltos»³.

No se puede negar que en la actual psicología colectiva un estado de ánimo como el que reflejan en realidad estas palabras se encuentra en abundancia. Y eso, junto al fenómeno de una mundialización homogeneizadora, hace comprensible la angustia de los pueblos ante una pérdida de «identidad», por muy reacia que dicha identidad sea a definirse más allá de unos sentimientos corporativos que unen a los individuos en algún lugar mentalmente fabricado.

La verdad es que el citado libro de A. Toffler responde al estilo norteamericano de consejos al ciudadano bueno y desvalido. Semejante a una *Guía de disfrute para un viaje turístico al futuro*, pone en el futuro la temible «otra parte» de la des-territorialización y el desarraigo. Y lo interesante es que ya desde su primera página nos encontramos con un tiempo curiosamente «medievalizado», se diría que construido *ad hoc* para convertir las predicciones de su autor en hechos irreparables que se nos vendrán encima. Porque ese desvanecerse del presente al que su autor alude, no tiene por función modular formando parte de un tiempo sucesivo que desde un *detrás*—algún fondo más o menos inaugural— nos lleva como una corriente natural hacia zonas desconocidas *de nosotros mismos* que por consiguiente debemos proyectar y construir. Al contrario, la idea de tiempo que se maneja aquí sintoniza con una especie de diluvio que determina la inundación («el futuro invade nuestras vidas»); es una riada que nos alcanza *por delante* cogiéndonos desprevenidos («la estrepitosa corriente del cambio..., hoy tan poderosa que derriba instituciones, trastorna nuestros valores y arranca nuestras raíces»), y nos coge por sorpresa a menos que antes nos hayamos reciclado, preparado para el *shock*. No es pues un cambio paulatino, tan deseable como necesario, de nuestro propio territorio mental y físico: es la irrupción, en este mismo territorio, de algo «otro» que romperá con el hábito que es la reserva psicológica de nuestras vidas.

³ TOFFLER, Alvin: *El shock del futuro* (1970), Barcelona, 1993, p. 426.

No olvidemos que *habitar* y *hábito* proceden de la misma raíz lingüística: *haber*, poseer, detentar, incluso gozar. Así, cuando a la arquitectura proyectada para habitar le sucede otra prevista para ver, cuya imaginación desautoriza el hábito, el cuerpo de la ciudad viene a la metafísica del puro ambiente, deviene un arabesco de reflejos para la mirada, una transparencia. La Ciudad-flujo se engendra ahí a sí misma a cada paso, y en cada uno de esos pasos se revela demasiada. Nada es estado, todo es movimiento. Opuesta a la Naturaleza por definición, está en su íntima naturaleza ser transitiva, metamórfica. Y desfallecer por exceso. Porque se trata de un espacio, pero modificado por el tiempo. Es un tiempo, pero seducido y desviado por la acción. Es acción, pero desviada por las fuerzas antagónicas de la política en juego. Ni las fortificaciones romanas o medievales más robustas que la aislaban del inseguro exterior, ni la piedra para una arquitectura resistente al fuego y al desgaste temporal, ni las leyes de la República platónica para la continuidad de unas relaciones que eran el verdadero tejido social urbano: nada de todo esto serviría en la actual ciudad para hacernos olvidar que su más efectiva realidad es necesario verla en el aquí-ahora o dejar que se disuelva en la nebulosa de un llegar-a-ser que de hecho ya es. Convertida en un laberinto múltiple, espacial, arquitectónico, urbanístico y por supuesto social, incluso el tiempo viene en ella por ráfagas de instantaneidad, de modo que al fin y al cabo su orden no es más que una modalidad del desorden que a manera de objeto previsible incluye el desbarajuste y la confusión.

Neutralizamos el azar con la prevención, pero llegado el momento no hay más remedio que aceptar lo imprevisto de la prevención...

Una sociedad nuevamente asilvestrada vuelve así a una *aisthesis* que ensalzada de antemano por la industria y la publicidad atienden a la salud y la belleza —ostensividad del cuerpo—, al deporte —espectáculo de una acción purificada— y a la falsa autonomía individual —el estado de «opinión» reinante—, haciendo con ello una trinidad que gobierna odios o amores, emociones y sentimientos, delicadezas solidarias y brutalidades. Una sociedad que se defiende de su destino al decirse que la agilidad mediática elude la fastidiosa discreción del pensamiento excluyendo de paso la información. De ahí que, como el propio mundo, también el lenguaje multiplique sus registros, se disperse en toda clase de idiolectos personalizados —cada franja de edad, cada afición o profesión, cada medio social posee el suyo— y dé lugar a una especie de *multilogía* que simplifica la forma, desintegra el contenido y se habla a sí misma en el círculo infinito de la autodenotación.

Lo dicho: una vez superados los límites, el interior se confunde con el exterior, reemplaza su contención por el derrame y devuelve la megalópolis a la fluidez de un mundo natural originario.

DE LA MÁQUINA DE VAPOR AL CUERPO SOCIAL AMÉBIDO

¿Qué contenido humano le corresponde a la Ciudad-flujo? Sin duda el de una comunidad múltiple, fragmentada y heterogénea, compuesta por individuos flexi-

bles, maleables, elásticos. Sólo esta última condición instalada en la manejabilidad, cuando no en la resignación o el conformismo, es para ella garantía de supervivencia.

Hace años Lévi-Strauss⁴ veía una diferencia significativa entre dos tipos de comunidad, que asimilaba a máquinas. Unas eran mecánicas, y por tanto «frías»; otras eran termodinámicas, «calientes». Sociedades-reloj por una parte y sociedades-máquina de vapor por otra. De las primeras decía que son limpias –«ecológicas», decimos hoy–, gastan la energía que se les ha suministrado al empezar, y si no existiera el frotamiento con el consiguiente desgaste de las piezas, funcionarían indefinidamente. Las segundas son distintas: su funcionamiento depende de un desequilibrio térmico entre la caldera y el condensador, y aunque producen mucha más energía que las otras también la consumen en enormes cantidades. Además, son sucias por definición.

Las sociedades-reloj coinciden poco más o menos con las llamadas «primitivas». En cambio la máquina de vapor sirve de modelo a las modernas.

Sólo que una vez superados, malogrados o cuando menos distendidos los principios de la Modernidad, lo difícil en la confusa estructura social presente es identificar dicho modelo. Hoy necesitamos otro diferente al de Lévi-Strauss. Y es entonces cuando la misma idea de una superación de «lo moderno» nos trae a la memoria un episodio de *Los hermanos Marx en el Oeste*. Burlados por dos sujetos que intentan huir en un carro de caballos, los Marx no tienen más remedio que ir tras ellos en el primer vehículo que encuentran: un tren... cuyo combustible se ha agotado. En tal situación el ingenio de Groucho es fulminante: puesto que el vehículo está lleno de madera –casi todo él es madera–, esta madera alimentará la locomotora. Mientras Groucho quema las maletas y baúles del equipaje, Harpo y Chico desmantelan los vagones, cuyos pedazos van igualmente al fuego. El convoy avanza así a toda máquina. Y aunque arrolla a su paso todo lo que encuentra, lo hace a costa de sí mismo (recuerda al personaje passoliniano que por no morir de hambre decide comerse el propio cuerpo). Más tarde, cuando incluso los fugitivos hayan sido rebasados por el tren desguarnecido, convertido ya el convoy en un esqueleto metálico, ¿qué es todavía el eufórico «¡más madera!» que vocifera Groucho? La inercia de un impulso cuyo propósito inicial se ha perdido por el camino.

Como por transparencia, hay en este episodio una metáfora de las ciudades y la socialidad modernas. Parecidas al tren de los Marx, tampoco ellas habrían cobrado perfecta conciencia de que mantener la marcha de la Modernidad al ritmo alcanzado es llevar lo real más allá de lo posible; que prolongar el impulso inicial es devorarse a sí mismas traspasando la barrera de la verosimilitud. De modo que su presencia espectral se desliza ahora imperturbable por el vacío sin fin de la comunicación por la comunicación, de la circulación por la circulación.

⁴ CHARBONNIER, Georges: *Entretiens avec Lévi-Strauss*, Paris, 1961, p. 35 ss.

Es como si rendida la sociedad ante una idea de expansión y de progreso que no obstante ha sobrepasado, todavía permaneciera fiel a una Modernidad de la que únicamente se conserva el fantasma *post*. Abolida toda limitación espacio-temporal, las comunidades urbanas llevadas por la inercia presentan un modelo virtual que ellas mismas a duras penas se encargan de segregar.

Es en este horizonte donde se perfila el tercer modelo de «sostenibilidad», es decir, de subsistencia, de continuación. Y probablemente sea un modelo útil a la comunidad tanto como al individuo. Se trata de una *sociedad-ameba*. Que un cuerpo social amebido nos sirva de modelo parece justificarse, entre otras cosas, por la transparencia, simplicidad, adaptabilidad y capacidad de supervivencia de este protozoo. La ameba (del griego *amoibé*, cambio) es un animal microscópico de aspecto plástico, translúcido y *abierto*, puesto que carece de membrana celular. Se mantiene en continuo movimiento, se reproduce por división (*doble clonación*: lejos de dar lugar a otro individuo que le sobrevive, cada uno se replica al duplicarse); tiene, además, una morfología cambiante –su forma es variable– y se desplaza por pseudópodos. Su sistema de alimentación consiste en atrapar las partículas a ingerir mediante las prolongaciones del propio cuerpo que al cerrarse sobre aquéllas forman vacuolas destinadas a asimilar el alimento.

Una comunidad amebida multicelular en continuo movimiento no tiene otra orientación que la impuesta por la necesidad de alimentarse –fagocitar lo que la rodea–, multiplicarse y sobrevivir. Parecido a la realidad concreta de las cosas que la matemática convierte en un juego abstracto de relaciones, también el cuerpo social al perder sustancia se transforma en un juego de intersubjetividades al azar de la ocasión. Y desde su espacio inicial urbano, estable y limitado, viene a la variable del tiempo mediante la adaptabilidad. Así, dado que el tiempo es un disolvente del espacio y con él del hábito, la estructura ciudadana se volatiliza llevada por el movimiento, y dejando a la actividad humana en la más pura eventualidad hace que todo acto sea creador o se disuelva en un absurdo sin consecuencias. Esto no significa que la ciudad desaparezca. No es engullida por su propio cuerpo; al contrario: crece, se multiplica al reproducirse, se ampara del que fuera su entorno y lo asimila, lo hace suyo. Se derrama fluida, ameboide, husmeando el horizonte. Al ritmo le ha sucedido el desplazamiento descompasado. Y éste, una vez extraviado el rumbo, ha sido reemplazado por la aceleración.

Eso explica que una actividad orientada a conseguir una ciudad sostenible –inmune a la propia depredación– no sólo sea simétrica a aquella otra que aplica la tecnología a la naturaleza, la teatraliza y prolonga las grandes aglomeraciones urbanas en clave superficial bucólica: también es el equivalente de las curas no traumáticas de adelgazamiento que intentan darle al cuerpo (de la ciudad) nueva forma, devolverlo a la normalidad en sus funciones con extrema suavidad, a poder ser *sin que él se entere*. La realidad sin embargo es explícita, particularmente en Latinoamérica, donde las aglomeraciones urbanas afectadas de bulimia son expansivas, diastólicas, propensas al colapso.

El tiempo ha pasado sin desmentir las palabras de Valéry cuando éste contemplaba cómo «en las inmensas ciudades modernas lo civilizado retorna al estado salvaje, es decir aislado, porque el mecanismo social permite olvidar la obligación comunitaria y perder aquellos sentimientos de relación entre individuos que otrora permanecían siempre en vigilia debido a la necesidad»; porque «todo perfeccionamiento del mecanismo social inutiliza los actos, las maneras de sentir y las aptitudes para la vida en común»⁵.

Desbordada antaño por la idea primitiva de un mundo desconocido que la trascendía, hoy la naturaleza acogedora y amable vuelve y se reencarna en nuestras megalópolis. Y una vez en ellas, como en un pase de prestidigitación, cae de nuevo en lo informe de su origen protohumano: la Naturaleza salvaje, primigenia, transformada en terminal. ¿Por qué detectaba Horkheimer en «la recaída en la bárbara crueldad que tanto en el Oeste como en el Este caracteriza este siglo»⁶, un fenómeno colectivo que aún no se ha explicado suficientemente? Porque así como en la cima platónica del amor el Saber se identifica con el absoluto no-saber, también aquel ideal ilustrado de una competencia humana que a cuestras con su finalidad le daba al mundo forma humana, se mezcla hoy con una realidad mundana multiforme en la que el hormigero de razones hace imposible descubrir razón alguna. El mismo Horkheimer veía radicalmente opuestas la racionalidad y el exceso. En efecto, la ciudad parece empeñada en ir más allá de la razón ética hacia una curiosa finalidad estética comparable a lo «absolutamente grande» kantiano, un exceso que ya nada tiene que ver con su moderado antecedente schilleriano: O es la sublimidad de una fuerza físicamente irresistible, o se trata de un infinito pensable pero inimaginable.

Porque el espacio ciudadano sólo es tópico en la heterotopía, su tiempo sólo es destiempo. Y si no tiene un destino humano capaz de conformarla, es porque alejándose del origen alcanza y engulle la totalidad de su entorno en pos de un horizonte que al trascender la naturaleza y el propio mundo sólo le permite encontrarse consigo misma. Multiplicidad y dispersión, formas variables, destinos simultáneos: la megalópolis supera aquella perfección de la autosuficiencia que Aristóteles le atribuía a la ciudad y como el tren de los Marx se sobrevive a sí misma en el vacío de la movilidad sin fin.

Ninguna ciudad acorde con su época se rinde ya al discurso, ninguna es propiamente relatable. Cada una reverbera en los repliegues de los diferentes metadisursos promocionales –propaganda para el voto o fomento del turismo– que la exhiben y nos la ocultan al mismo tiempo.

⁵ VALÉRY, Paul: *Tel Quel I*, Paris, 1941, p. 261.

⁶ *Sociedad en transición: estudios de filosofía social*, Barcelona, 1986, p. 193.

LA INDUSTRIA DEL ESPÍRITU POST-ROMÁNTICO

Salvo excepciones, por lo general ligadas al sentimentalismo ambiente, a nuestro tiempo ya no le fascina aquella mitología de trapero alimentada por proyectos en el cielo del «bien común», amores al género humano o libertades para la creación. Todo proyecto es trecho recorrido, se demuestra en el aquí-ahora y su motor es pulsional. El amor se cumple en el orgasmo o es capricho estéril. En cuando a la libertad, no es una figura retorizante para espíritus inquietos o poetas desvalidos: sirve al provecho personal mediante todas las modalidades del embaucamiento, la amenaza o la coacción, el gravamen por extorsión y el apremio. Nuestra época ni siquiera es proclive a aquella imaginación grave que revitalizaba su entorno y engrandecía con el recuerdo los lugares visitados —como Lawrence Durrell con Alejandría desde Corfú—; por el contrario: visita para verificar *in situ* la imaginación y el recuerdo que tuviera otro tiempo acerca de algún tiempo anterior.

Nuestro actual repertorio de preferencias, fabricado por la publicidad en todos los campos —del consumo a la política pasando por el turismo, el deporte y la religión—, es un estado condenado a la transición, una suerte de deslizamiento de todos los valores precedentes hacia un universo de fuerzas en propagación que se impregnan o contaminan mutuamente. Mixtura o hibridación, *contaminatio* o mestizaje es lo de menos. Si se trata de funcionalidad, es regida por la imagen que lo puede todo. Si es imagen, será controlada por el principio de eficacia que le saca rendimiento a la ocasión. Si es conocimiento, vendrá dirigido por un poder desideologizado de antemano, puramente administrativo y atento a la igualación simplificadora. Todo ello reunido bajo el manto de una rentabilidad a corto plazo. Porque el beneficio es la única garantía de una vida estética que con el nombre más elemental de «calidad de vida» hace tiempo ha ocupado el lugar de la anti-quísima bienaventuranza y de la más reciente —aunque desde luego desacreditada— felicidad.

Hemos caído en el lugar de aquellas palabras-talismán que en todo momento histórico parecen darle a la comunidad su particular porqué, en ocasiones múltiple. Así, el *deseo*, el *amor* y la *libertad* fueron objeto de reverencia del surrealismo con su canto idealizante sin impedir el *orden*, la *belleza* y la *limpieza* de Freud⁷, que más a ras de tierra procedían de una libido socialmente canalizada. Estos tres factores fueron desplazados a su vez por la más prosaica tríada vital del obrero parisién de los sesenta: *métro*, *boulot*, *dodo* (metro, curro y nana).

Aristocrática y contestataria al mismo tiempo, la trinidad freudiana había nombrado los tres pies de una cultura que en su moderno refinamiento tomaba asiento en los instintos que reprimidos de antemano eran susceptibles de sublimación. La trinidad obrerista, en cambio, aspiraba a reflejar la realidad de una urbe mecanizada en la apoteosis de la productividad industrial. Una ciudad que importaba

⁷ *El malestar de la cultura*, Madrid, 1974, p. 3035 s.

obreros extranjeros para un trabajo extenuante *à la chaîne* en fábricas situadas en la periferia y los obligaba a largos recorridos en metro por el subsuelo de la geografía urbana hasta otra región periférica en la que alojarse (ciudades-dormitorio, villorrios de nueva planta: los *bidonville*). Eso distribuía la jornada diaria en tres partes perfectamente reguladas: desplazarse, trabajar, dormir. No más. Desde luego que si este «nuevo» orden impuesto a la vida (de unos cuantos: la «clase obrera», fuerza motora de la ciudad) no excluía la anterior limpieza freudiana, lo evidente al menos es que ignoraba la belleza. Y la belleza, tal vez porque ignoramos en qué consiste, siempre es objeto de un deseo que pide satisfacción.

Así que hoy, lejos por fin de reivindicaciones clasistas, satisfecha la libido con el consumo, diversificada y sobre todo alejada la explotación hacia periferias planetarias menos aparentes (países del Tercer Mundo), nuestras pulsiones encuentran por fin una acogida estética en la industria del sexo, el turismo y el espectáculo, cuyos respectivos caminos están en el goce de los cuerpos, la acción para el beneficio económico sin reservas y la inmediatez de un lenguaje estandarizado y agreste. Son las tres caras de la Libertad —somática, de acción y de expresión respectivamente— algunas de cuyas características veremos más adelante.

De momento, y salvo en una prospección arqueológica que buscara en el contraste del pasado qué nos depara el porvenir, ha desaparecido la división filosófica tradicional de habilidades, facultades o competencias que el individuo debía armonizar accediendo a la ciudadanía. Porque ésta nos viene de pleno derecho sin necesidad de armonización alguna desde el momento en que —según advertía Schiller con optimismo— el Estado es para el género humano un *a priori* sin remedio. Lo imposible es escapar a la ciudad y a la publicidad, porque hábilmente amalgamadas sólo ellas nos darán con sus servicios «calidad de vida».

Pruebas cantan: en un lugar remoto de México hace algún tiempo se «descubrió» una mujer de avanzada edad que habiendo oído hablar de la pizza sin embargo ignoraba la existencia de la Coca-Cola. Aunque la cosa no parece inquietante, es fácil suponer por qué la anécdota fue noticia. Escapar a la ciudad en nuestra época no es venir a alguna eutopía romántica: equivale a caer en la atopía, en un no-lugar tan inimaginable como el de la vieja mexicana. Es desconocer la televisión, la pizza y la comida china, la Coca-Cola, el fútbol, MacDonal'd's y la ventaja de la liposucción o las dietas de adelgazamiento. Es, en suma, venir a una suerte de *no man's land* del conocimiento contemporáneo. La mujer desconocía la Coca-Cola como los indios americanos ignoraban a Dios a la llegada de Colón. Pero no hay razón para alarmarse. Igual que la España del siglo XVI tenía misioneros para una salud espiritual que empezaba por la resignación de los individuos ante la suerte que determinaban aquéllos con su presencia, también la multinacional refrescante tendrá los suyos para darle su requerido bienestar al cuerpo y un confortable ir pasando al intelecto.

Así que del romanticismo idealista nos queda hoy una versión moderna, un orden y una única práctica. Es el espíritu post-romántico industrializado —la *industria*

del espíritu—que empieza y acaba por el cuerpo, sujeto-objeto de consumo. Todo lo demás es virtualidad.

Ni el *common sense* del pensamiento anglosajón, ni el *Urteilkraft* kantiano, ni el *Spielraum* de Schiller, ni el arte redentor de Schelling pueden dar cuenta de lo humano como fuerza social. Menos podía darlo aún el «hombre natural» rousseauiano. Ni siquiera el Wilhelm Meister de Goethe con su aprendizaje socio-teatral para la vida acabaría ahora como ejemplo de prudencia y temperancia en bien de la comunidad. Sólo sus sucedáneos son capaces de rendirnos a una evidencia poliédrica. Es nuestra necesidad de gozar del «espíritu libre» nietzscheano por unos días con el viaje turístico organizado, de ser el centro del mundo unos minutos desvelando nuestras cuitas amorosas en un programa de cotilleo mediático (lo impúdico y escabroso aumenta la mundanidad con la audiencia), de experimentar la ilusión de un mundo organizado gracias a parques «temáticos», reservas «ecológicas» o guerras pacifistas, y de pensar en una lógica planetaria para la hermandad mediante las redes para la comunicación. Y si nada de esto nos convence todavía, sintamos la liberación del sexo con el turismo sexual en masa...

DEL ÑAM-ÑAM AL BLA-BLA. LA TRIPLE LIBERTAD

Un intervalo separa el comer del hablar, diferencia el ingerir, o interiorizar comiendo, del revelar, acusar, manifestar o exteriorizar hablando. Y ese espacio lo ocupa la *expresión*. La expresión extrae un sonido articulado de la ruidosa elementalidad del cuerpo y abriendo el camino del ñam-ñam hacia el bla-bla inaugura la significación. Eso y no otra cosa define lo propiamente humano, que desde entonces, y de las maneras más diversas, se esfuerza por reunir de nuevo ambos extremos dignificando la comida—cuya forma de expresión se encuentra en el arte culinario— al tiempo que hace del habla una forma simbólica de cuerpo a cuerpo por agresión.

No es tan curioso, pues, que nuestro hablar cotidiano tienda a invertir cada vez más aquel paso inicial hasta convertirse en el exponente de un retroceso, en el signo de un retorno del bla-bla humanizado a su ñam-ñam originario. Violentado por la ecolalia, el lenguaje en estas condiciones habla mucho, incluso cada vez más, pero apenas dice nada; y, cuando lo dice, la tozuda, obstinada repetición de lo dicho anula la significación. Reducido a alimentar la comunicación que lo engulle sin mascar, hoy todo acto relacionado con el habla cumple una tarea que le separa del decir y se implanta como una primera necesidad que se diría equivalente a embuchar. Se demuestra en la política, el deporte y la publicidad, cuyo discurso general pasado por los mass-media constituye el *fast-food* del intelecto. Así, niveladas finalmente ambas cosas—el *fast-talking* del habla al uso y el *fast-food* del engullir sin tregua—, son relleno fácil y seguro para el vacío mental y gástrico respectivamente.

En este contexto, intentemos darle al modelo de «perfecto ciudadano» según Schiller—equilibrio imposible de razón y pulsión— su más reciente posibilidad.

Habrá que echar mano de la cibernética y la nanotecnología en soporte biológico. Programaremos un *hardware* carnal mediante un *software* que evitando destrozos anatómicos nos permitirá obtener un  mulo tecnificado –una versión amaestrada– de la criatura de Frankenstein. Así le habremos dado al ciudadano ideal schilleriano su concreción contemporánea: será un *cyborg*.

 Acaso no oponemos el Ecosistema a la Naturaleza? Opongamos también la computación a la intelección. A la reflexión, d mosle la ordenación. A la creación, la recreación. Al saber, la información, y a ésta una comunicación depurada de residuos. A la previsión razonable del futuro d mosle la inspiración profética o la sostenibilidad hipertecnificada de un presente que es paisaje y horizonte al mismo tiempo. En cuanto al medio ambiente, le daremos un promedio soportable de contaminación y la median a ambientadora. Todo ello para ir pasando. Y habremos producido una sociedad diáfana, despejada y previsible, orientada –como la ameba– a lo inmediatamente necesario, que desde luego será superfluo en su mayor parte. A partir de aquí, pensado todo por la publicidad antes que nosotros, fuera de nosotros y para nosotros, lo que pensemos y hagamos nos parecer  reflexión o acto necesario, diría casi pulsional –aunque en último término sólo hayamos conseguido acomodarnos al «mundo» con el juego del consumo, la recreación identitaria, el coito de apariencia sentimental, la opinión y el palabreo...

Y mientras a aquella primera Ciudad-recinto tradicional, envolvente, la sustituye la Ciudad-flujo –red, tejido, laberinto de una realidad comunicacional multiplicada en el espejo de los centros culturales y comerciales–, la sociedad-m quina de vapor convertida en fantasmagoría del movimiento es reemplazada por la sociedad-ameba. Es el modelo que enfrenta a la idea tradicional de Mundo la del Falimundo gracianesco –Inmundo, por otro nombre– donde todo es circulación, travesía, tr fago, mutación, pero nada idea.

A la megalópolis en expansión, estructuralmente ajena a las relaciones de convivencia y dependiente de una realidad virtual proporcionada por el sucedáneo actual de Dios –llamado por Esther Dyson la *Red*–, le corresponde esa sociedad adaptable, mutable, transparente y sin membranas que la puedan aislar del exterior.

Cuerpo social protoplasmático tenue hasta el límite del desvanecimiento, semejante y no obstante radicalmente opuesto a la mónada de Leibniz.

Así responde socialmente la ciudad fluida y difusa a un modelo pragmático centralizado por aquella tríada de libertades a la que hacía referencia, y que devuelve la est tica a sus mismos fundamentos. Se trata, decía, de la libertad *som tica*, la *de acción* y la *de expresión*. De donde surgen tres palabras-talisman: SEXUALIDAD que privilegia el cuerpo, JUEGO que maneja lo real con su representación, y LENGUAJE devuelto a su inicial  am- am.

—Cuando el amor y las relaciones entre individuos reciben la liberación de la Sexualidad para el orgasmo identitario y la autoafirmación, al fracasado «*cogito, ergo sum*» cartesiano le responde con su espíritu de contradicción un eco: es el

«COITO, LUEGO EXISTO» de un grafito callejero en una ciudad colombiana.

—Cuando al puro deslizamiento de lo real se le da el Juego para que desprenda el vapor húmedo de una ficción que estorbe la visión distinta, entonces la presencia y la representación, antaño contrarias, se identifican en el espectáculo deportivo de masas, de donde se propagan como un vaho pegajoso a todos los ámbitos de una realidad que ya sólo será estimulada mediante el chiste o la recreación paródica, la ironía o el sarcasmo.

—Cuando el pensamiento se extingue, el bla-bla saca fuerzas de mascar el propio cuerpo desfallecido. Y ahí el ñam-ñam incluso parece que está hablando... Democratizado el Lenguaje, toda opinión se llama juicio, cualquier parecer es un dictamen, la creencia veridicción y la suposición sentencia que se impone por su natural razón.

SEXUALIDAD, PARADIGMA DE COMUNICACIÓN

Hace algún tiempo pronosticaba S. Vilar que «el devenir ha de ser la más libre expresión de las elementalidades básicas del individuo, así como la más elevada manifestación de sus deseos eróticos y culturales»⁸. Libre expresión de lo elemental o básico, manifestación elevada (*¿o sublimada* en el sentido psicoanalítico?) del deseo erótico.

Hecho. Implícito o explícito, pero naturalizado por todo tipo de recursos para el placer, la Sexualidad es Juego en libertad y hace de la actividad del cuerpo un Lenguaje categórico magnificado por el orgasmo.

El mundo occidental, que lleva más de dos mil años sometido al cristianismo, se asemeja cada vez más al inefable tren de los hermanos Marx por su necesidad de alimentar el motor de la humanización con un combustible que se ha acabado. Es el horror a la materia unido a un falso desapego y a esa condescendencia frente a una sexualidad que circunscrita a la producción («creced y multiplicaos») el ser humano debía practicar volviendo la cabeza del otro lado para ignorar el goce («no fornicarás»). ¿Acaso no es engañosa la belleza sensible cristiana? Tan sólo la fealdad o la deformidad de los cuerpos guarda en sus profundidades un valor que aun siendo inaparente a primera vista, se revelará a la mirada contemplativa y a la par escrutadora que trascienda las apariencias. Hay en ese trascender una versión de aquel viaje platónico al final del cual el espacio cavernario le abre al individuo el aire limpio de un «más allá» que disipa las tinieblas con su luz... Aunque para ello debamos abandonar la atracción física propia de las almas asilvestradas y acogernos a una contemplación espiritual acorde con la sabiduría; aunque tengamos que repudiar el sexo que actúa sin hablar en favor del amor platónico que habla —porque el enamorado profiere bellos discursos

⁸ *El viaje y la eutopía*, Barcelona, 1985, p. 70.

«sin esfuerzo»— para no actuar. El interés, que se traduce en una inclinación sensible propia de animales, hay que evitarlo con la entereza y luego con la impavidez.

Denostada por Platón, los libros proféticos y los Padres de la Iglesia, la superficie aparente de las cosas era conforme a la materialidad de la escritura a la par que su contenido equivalía al «espíritu» del lenguaje, a su oralidad. Que hablar en esta perspectiva no sea pecar salvo en la intención, se debe a que *la palabra no tiene cuerpo*. Escribir, en cambio, es otra cosa. Escribir, garabatear, caligrafiar es gozar con Eros trazando en la blancura inviolada de un soporte la anatomía del sentido. ¿O no es el erotismo el factor de mediación entre la metafísica del amor platónico y la física del sexo?

Esto, finalmente, explica el hecho de que toda la sofisticación de nuestra actual «espiritualidad» proceda de un habla incontinente⁹, de un palabreo que en los límites de lo obsceno vuelve a la elementalidad del cuerpo y se afirma con todo el peso de su presencia en los medios de comunicación de masas.

Lo dicho: devolución del bla-bla al ñam-ñam de su origen. Y aún, si los mass-media emplean el erotismo con asiduidad es porque limitados como están por la palabra y la imagen bidimensional requieren la fuerza suplementaria de una carne sexualizada que active la imaginación del receptor, que a cambio les dará mayor viscosidad comunicativa... Es el *feed-back*. Aquí el cuerpo erótico no se limita a *hablar*: lo hace incluso con una elocuencia superior a la de cualquier sistema de comunicación articulado.

El Juego es en este estadio un factor de mediación. Mejor dicho, es una potencia actualizadora que se introduce en el discurso y le hace lugar al cuerpo, ese aquí-ahora de la materialidad. Jugar con el lenguaje —hablilla o chismorro, regateo político, sarcasmo, ironía, chiste, etc.— equivale a devolver momentáneamente lo simbólico a lo real, que le abrirá al sexo en libertad un horizonte cotidiano doble, sea el del ámbito doméstico al amparo de toda intromisión, sea el público más silvestre. Y si bien el primero tiene difícilmente el aura de transgresión que necesita el Juego, la imaginación del sexólogo o el «consejero sexual» vendrá en su ayuda para darle toda clase de variantes. Porque el sexo es juego y diversión, higiene mental y fuente de salud.

Recientemente se descubrió en Francia, en las afueras de cierta ciudad, una familia formada por el padre, la madre y tres hijos, dos hombres y una mujer. El primero había sido expulsado del *genos*, y permanecía en el jardín de la casa familiar donde recibía su comida. A la hora de dormir su único albergue era la caseta del perro cuyo papel al parecer le había tocado en suerte. Mientras tanto, hacía años que bajo la mirada materna los dos varones compartían sexualmente

⁹ Me he extendido sobre eso en «¿Acaso no hay un arte de palabrear?», *Universidad Nacional de Colombia (Revista de Extensión Cultural)*, n. 37, Medellín, 1997.

a la hermana. No es más que un caso en el que vida, sexo y juego se reúnen para confundirse en una instancia fundacional primaria.

Neutralizada la «ley del falo» impuesta por la figura del Padre, cuya legendaria oposición al incesto mantenía ligada la sexualidad a una conciencia económica atenta a la producción, una remota Madre mítica vuelve de nuevo desde el fondo de los tiempos y le devuelve al sexo su original prodigalidad de acto lúdico en el gasto por el gasto.

En cuanto a otra versión, la del sexo liberado, juega de preferencia con el azar y rinde mejor en público, como espectáculo o provocación. Es el flirt de unos momentos determinado por la casualidad del encuentro, el travestismo callejero gay o heterosexual, el transexualismo, el roce de los cuerpos, la promiscuidad en los arrabales de la legalidad moral. Y las anatomías alteradas, las formas rectificadas, los cuerpos corregidos o enmendados que se exhiben en los callejones desmoralizados de la gran ciudad. Infracción, pero institucionalizada. El negocio del deseo, la industria de la atracción fatal, el voyeurismo a todo tren. Hay recintos donde la música es lo único que pone límites a la oscuridad: espacios laberínticos cuyos rincones facilitan la intimidad física con los cuerpos desconocidos. Ahí tuvo su momento de triunfo una práctica coital desinhibida: un banco en algún lugar público, un taburete en la barra de un bar, el frecuentado retrete de una discoteca servían para el caso. La tradición, relativamente añeja, tiene su mejor modelo en el cine: *Emmanuelle*, *Histoire d'O*, *Las amistades peligrosas*, *Ocho semanas y media* y toda la retahíla de atracciones o seducciones «fatales», se encargan de ilustrar las relaciones afectivas entre los sexos como un juego de inmoralidad ingeniosa y de pasión cuyos únicas fronteras, las del hastío, hay que alejar en nombre de la salubridad.

Digámoslo de una vez: ¿para qué existe la moral si no para darle su incentivo necesario a la desviación, para servirle de aliciente a la inmoralidad? ¿Qué sería de aquélla si esta otra no existiera?

Escribía A. Gala en alguna parte que el sexo «normalizado y no transgresor» comparte su asepsia con la gimnasia. Es poco más o menos el deseo de Vilar. En efecto, cuando el hábito cultural se degrada en la rutina y el control ciudadano se nos antoja un correccional para la vida, nos apetece la violación, la infracción, la clandestinidad. Porque toda integridad tiene su destino en la desintegración. No queremos esa teoría de tránsitos suaves que la socialidad se empeña en ofrecernos como *ciudadanía* y la política nos vende a todas horas como «calidad de vida». La rutina elevada a la conciencia determina una aspiración, condiciona un deseo: el de la ruptura —aunque nos venga dada como producto de moda para el consumo.

Como quien deja caer unos granos de arena en la máquina de un reloj, queremos la perturbación, la mudanza que pone pedazos de *destiempo* en nuestro tiempo enloquecido por la continuidad sin solución. Lo sabía Baudelaire y lo repetía Nietzsche. Deseamos lo que no poseemos. Y si alguno de nosotros por cualquier

motivo llega a creer que lo tiene todo, su próxima tarea consistirá en persuadirse de que tal creencia es debida a la cortedad de su ambición. Entonces proyectará más allá de su limitado horizonte una desposesión, fabricará la idea de un despojo que le angustie... Necesitamos una errancia que sea *nuestra* porque todo goce marcado por su inoportunidad es dos veces más gozoso.

El caso es que así como el Juego en ocasiones se atiene a reglas para poderlas quebrantar, también el espacio contextual tiene unos límites que la Sexualidad puede —es decir, *debe*— sobrepasar desertando su escena tradicional en la intimidad. Convertido en espectáculo, entonces es objeto de atención particular por lo que aún representa de provocación. Y cuando el erotismo aumenta al ganar terreno en la comunicación, haciendo que el objeto del deseo se identifique sublimado con el propio Mundo, viene el psicoanálisis anclado en el modelo teórico de la pareja y detecta en él un peligroso sustituto. En un reciente congreso de psicoanalistas la advertencia era que la pareja tiene en Internet, la telefonía móvil o la televisión sus «terceros» potenciales en discordia, puesto que al introducir la triangulación en el ámbito afectivo actúan de catalizadores para su desintegración.

El Juego y el Lenguaje tienen ahí uno de sus mejores horizontes. La política, el turismo, los medios de comunicación nos *libidinizan* para aumentar el goce natural de vivir más allá de la productividad, para que alcancemos la hiperproducción del goce por el goce al infinito. Desde el adulterio del fallecido presidente Mitterrand hasta el ciberespacio pornográfico, incluso en sus versiones de ficción, sin olvidar las veleidades extramaritales de Clinton, todo está aquí para decirnos que «sólo se vive una vez», y que esta «vez» tiene en el orgasmo su gran Paráclito y la gracia liberadora. Por eso el sexo en la intimidad o el que se da en público es nada comparado con su versión más extendida y succulenta: el sexo-negocio. En la prostitución adulta en general y la infantil en particular tiene la industria planetaria su mejor negocio, de Bélgica a Filipinas, de Australia a Nueva York pasando por el Caribe. Aquí el turismo reúne en un mismo envase la atracción del Otro con una sexualidad «otra» que aumenta la tasa de empleo y enriquece a las naciones. Cifras en el sudeste asiático: entre 200.000 a 300.000 empleados del sexo en Tailandia más 100.000 tailandeses actuando en otros países; de 50.000 a 150.000 empleados en Malasia; entre 150.000 y 230.000 en Indonesia. «Un informe de la Organización Internacional del Trabajo sobre el Sudeste Asiático estima que la industria sexual supone hasta el 14% del PNB (Producto Nacional Bruto) en algunos países».

Expansión económica es igual a Sexualidad consolidada como industria: el narcotráfico o el comercio de armas ya no son lo que eran.

Incluso la creación cósmica es descrita desde siempre en unos términos que sugieren el teatro al contarnos un «conflicto» que emula el coito con sus secuelas de encuentros y desencuentros. «El primer efecto de las emanaciones cosmogónicas es el de limitar el escenario del mundo en el espacio»; el segundo efecto es la producción de vida «bajo la forma dual de lo masculino y lo femenino»,

de modo que todo el proceso creador se puede representar «en términos sexuales... de embarazo y parto»¹⁰.

Lo detalló Platón en el *Timeo*: hay un Padre, una Madre y el Hijo resultado de su conjunción. Masculino y femenino, acción y pasión, espíritu y cuerpo. Si toda unidad creada a partir de la actividad humana surge de una dualidad que la precede, la ciudad es el vástago a escala reducida que remeda la unidad ideal del mundo, porque surge «alrededor de un espacio central en el que se enfrentan de forma figurada el Cielo y la Tierra». Así, «la ciudad entera es lugar de espectáculo: cada individuo es un actor al mismo tiempo que disfruta de la actuación de los demás»¹¹. El lugar comunitario consagrado por el tiempo no sólo se funda, también se enfunda en los límites del espacio ritual para un enfrentamiento cósmico entre fuerzas antagónicas. Y si este encuentro figuró en su momento el cuerpo a cuerpo del acto sexual, del coito, ahora nos corresponde un punto en el que ese mismo ritual, acabado ya el camino del civismo, se asilvestra nuevamente en busca de su sacralidad perdida.

JUEGO Y LENGUAJE

Decía Lacan que el cuerpo fundamenta el ser y tiene en el goce su «dimensión» (el francés *dimension* es homofónico con *dit-mansion* o mansión de lo dicho: lugar de lo hablado). Entonces parece claro que allí donde «ello» —es decir, el cuerpo— habla, también goza¹² («ello»: *das Es*, el Ello o cuerpo del inconsciente).

Saquémosle al pintoresquismo idiomático lacaniano su inmediata consecuencia: *el goce del cuerpo hablando da lugar al ser*. Con eso queda dicho todo. La totalidad de nuestras disponibilidades tiene hoy sus vectores principales en la *Sexualidad* y el *Lenguaje* por el intermediario del *Juego* —es decir, copular y hablar como formas de recreación. Porque tanto el sexo como el habla participan del juego una vez que la resexualización de los cuerpos ha devuelto el sistema de la Lengua al terreno de lo lúdico, donde se hace explícito que todo goce es representación.

Hablar de representación, ¿no es hacerlo de una *presencia* precursora al mismo tiempo? El mundo en este sentido no es representación (¿qué iba a representar, el *noúmeno* kantiano desconocido, la Voluntad de Schopenhauer sobrepasada?); no es aquel *error* al que atribuía Nietzsche el origen del sentido. Si así fuera, la proliferación de las representaciones sería un enriquecimiento semántico, de ningún modo un desvanecimiento del mundo en la mundanidad. Sin mezclar ahora en ello al arte, cuya parte de responsabilidad histórica es indiscutible, ¿no son hoy

¹⁰ CAMPBELL, Joseph: *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, 1959, p. 248.

¹¹ ZUMTHOR, Paul: *La medida del mundo*, Madrid, 1994, p. 125-26 *passim*.

¹² LACAN, Jacques: «Du Barroque», *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre XX. Encore*, 1972-1973, Paris, 1975. En cuanto a la «*dimension = dit-mansion*» del cuerpo, los traductores de Lacan vierten el vocablo al castellano como «dichomansión».

los medios de comunicación de masas la mayor fuente de representaciones? Y, sin embargo, excepto el progreso tecnológico, ningún progreso humanístico a la vista. Los medios no aseguran la creatividad, a veces incluso la obstaculizan. De ahí que a la cultura contemporánea le ocurra lo que a un idioma con un léxico de decenas de miles de vocablos que con el paso del tiempo se viera enriquecido hasta alcanzar casi el millón, y en cambio rozara el analfabetismo en su uso diario. ¿Cómo explicar, si no, que disponiendo el castellano de Cervantes, Calderón o Quevedo de un campo léxico más limitado que el actual sobrepase sin embargo la capacidad de asimilación de un oído medio de nuestros días?¹³

Tras una imagen nunca hay un «original». Su única *presencia* la tiene el mundo en el puro encadenamiento de representaciones, en la proliferación de imágenes sin principio ni final, en el baile de metalenguajes y sobre todo en su recurrencia. Es la cosa-ahí de la *inimagen*¹⁴ diciéndonos por su reverso una falta radical. La fórmula es: a más recursos lingüísticos, más comunicación y menos información; a mayor cantidad de imágenes más actividad de la mirada y menos imaginación. Comunicación ful, mirada beata. Cuando una cultura anula la trascendencia en el pensar con la vehemencia en el hablar, es porque habiendo reconocido que el habla nace de la acción del cuerpo, también se extingue por exceso con los cuerpos en acción.

Lo que hace aquí el Lenguaje es *hablarse*. La figura actual del «portavoz», por ejemplo, es la versión dinámica y trivializada del escriba antiguo en una sociedad abotagada que da tanto más que hablar cuanto mayor es su afasia. Puesto en lugar del entendimiento kantiano, el habla ambiental va ligado al juego, es un deporte que concentra en la superficialidad del dispositivo lingüístico lo que fuera su contenido. Escribía Lefebvre que «siendo distintos, el lenguaje y el domicilio se unen de forma inextricable. Por eso no cabe asombrarse si hay un *paradigma*, tanto de lo urbano (lo alto y lo bajo, lo privado y lo público) como del habitar (lo abierto y lo cerrado, lo íntimo y lo próximo), cuando ni lo urbano ni el habitar pueden ser definidos por un simple discurso o un sistema»¹⁵. Lefebvre no hace del lenguaje la casa metafórica del ser culturizado; habla más bien de lo urbano como un lenguaje paradójico, ajeno a la lógica del sistema. Por una parte está caracterizado por su asistematicidad; por otra, sin embargo, es un sistema de significación –en realidad un subsistema– que dispone de su «propia» lógica.

Así parece comprensible que habiendo tenido la estructura urbana y el orden social su modelo en algún momento en el lenguaje, hoy sea éste el que tomando

¹³ Observaciones de este orden se encuentran en STEINER, George: «El abandono de la palabra» (1961), *Lenguaje y silencio*, México, 1990, p. 49; y en TOFFLER, A.: *El Shok del futuro* (1970), *op. cit.*, p. 180 ss. Una vez escrito este trabajo, un artículo de F. LÁZARO CARRETER en *El País* (4.4.99) alude a la «tumescencia verbal», a «la inmunodeficiencia idiomática» y al «analfabetismo más fanático» en el actual uso del lenguaje.

¹⁴ Vid. SALABERT, Pere: *Inimágenes. Representación y estilo*, Cali, 1997.

¹⁵ LEFEBVRE, Henri: *La revolución urbana*, Madrid, 1980, p. 178.

por modelo lo social y la ciudad se traduzca en un tejido que multiplica empalmes y costuras. En la reiteración de lo mismo al infinito la trama social urbana hace explícita su progresión y su cuantía. Es un *continuum* en el que la palabra hipertrofiada nace, muere y vuelve a nacer de nuevo, todo en el mismo día, porque una vez identificada con la Red se habla por hablar sin solución de continuidad. Es entonces cuando percibimos que su unión con el domicilio no sólo es *inextricable* porque ella hace del espacio social un paradigma que la experiencia de su puesta en uso destruye y recupera a cada paso, sino también porque la propia ciudad condiciona un cierto tipo de expresión, estandariza un habla cuyo grado de pobreza, directamente proporcional a la información que suministra, es inverso lógicamente a su eficacia. Mediante un proceso paralelo al de un arte que masificado se diversifica y empobrece, el decir democratizado por la trascendencia de la «opinión común» –nuevo *topos* social virtualizado– pierde su densidad interna, su fondo sube incandescente a la superficie, se solidifica y adquiere la consistencia de un blindaje que ya nadie podrá atravesar. Porque todo contenido semántico en este punto ya se ha resuelto en la forma de la expresión. El discurso público recupera su naturaleza mítica, y desde la publicidad a la política pasando por los deportes termina en las reivindicaciones etno-identitarias.

Cuando la comunicación es origen y destino de todo conocimiento y cubre el planeta totalmente, la validez de las palabras depende de su expresión estandarizada y sobre todo de su recurrencia informativa. En este encadenamiento de palabras-talismán, la relación de signo a signo deja el mundo en un vacío entre paréntesis. Y el principio del Juego cultural, en el que por otra parte veía Kant el valor del arte, se concentra en una inversión clara: *la ficción para ser válida ha de tener la fuerza de la realidad; la realidad, para ser plausible, debe poseer el valor de la ficción.*

El Juego incide en la vida del mismo modo que la vida es gratificante cuando se asimila a un juego.

En una visita de Mel Gibson a Barcelona, después de declarar el actor su admiración por la arquitectura gaudiniana, añadió que Antoni Gaudí, de quien dijo tener varios libros, le parecía «casi» tan importante como Andy Warhol. Comparar un artista visionario, creador extravagante, con un publicitario cuya mejor obra es la trascendencia dada a su propio nombre, es mezclar la alta cocina con las hamburguesas de MacDonal'd's o un Borgoña de reserva con la Coca-Cola. ¿Qué diferencia habrá ya entre Churchill y Napoleón, si ambos comparten asiento en nuestro departamento conceptual «política»? ¿Qué distancia entre Altamira o Lascaux y Leonardo o el propio Warhol, si todo anda por el sector «arte»?

A la estandarización del lenguaje se le suma la igualación mental que traduce nuestra visión del mundo en un encefalograma plano. Ninguna rareza destacable en aquel político vinatero que afirmó haber leído las obras completas de Sócrates. Porque entre lo real y lo ficticio no hay saltos, sólo transiciones, imperceptibles deslizamientos. Realidad y ficción no se diferencian. En *La soga*, de Alfred Hitchcock, dos jóvenes amigos matan fríamente a un tercero con la única intención de verificar que el crimen perfecto es posible en la realidad. Más que el asesinato, lo

inquietante del acto es que la víctima sirva de cuerpo argumental para demostrar la hipótesis de la impunidad. *La sogá* es obra de ficción. Sin embargo lo siniestro de su contenido aumenta en muchos grados al darnos cuenta de que para ejemplificar el Juego como un lugar en el que se hermanan realidad y fantasía ni siquiera necesitamos ejemplos cinematográficos o literarios, porque la vida es bastante fértil al respecto. Por ejemplo, dos individuos practican un juego de *Rol* en el que cada uno se identifica con una personalidad distinta en una historia inventada que poco a poco les impone la obligación de cometer un crimen. En su papel de «personajes», los protagonistas se mantienen al acecho a altas horas de la madrugada en un lugar solitario a la espera de que alguien, un primer venido, *acierte* con el lugar de su ejecución. Será el momento en que la realidad se extravíe en la ficción. Borrada la frontera entre lo necesario y lo contingente, el resultado es la muerte de un obrero que después del trabajo nocturno pretendía volver a casa en autobús.

Elevado a la categoría de necesidad, el ritual del Juego ha encontrado su más puro efecto en el azar.

Cuando la ética-estética de un consumo libre de necesidades hace del mundo objeto de atención lúdica, cobra sentido incluso el acto de aquel adolescente que después de violar a una niña de cuatro años la arrojó por la ventana. Es la ética del «usar y tirar».

Se juega. Y lo que juega es un lenguaje verbal o de imágenes liberado de contenido, exculpado de cualquier función salvo la de fascinar evitando la lucidez. ¿Que lo real presenta un aire de ficción? Lo menos que se puede esperar es que el Juego que promueve la ilusión sea tan eficaz y garantizado como la propia realidad.

Por eso la primera ejecución pública televisada en el Líbano indujo al día siguiente a tres niños de corta edad a intentar una experiencia paralela: colgar de un árbol con una cuerda al cuello a una niña de ocho años.

—

Coito, recreación, opinión. Sexualidad sin represión y Juego sin trascendencia al amparo de un Lenguaje cuya falta de significación va en provecho de la comunidad, o sea: del mercado. El Sexo es una Bolsa de valores en alza. Y el acto de su cumplimiento, invariablemente fundador, recibe gracias al Juego una componente iniciática propia del viaje, transgresor por naturaleza. Porque al igual que el orgasmo y la masturbación, la copulación y el roce epidérmico, también el viaje permite la higiene mental y contribuye a la renovación del individuo conservando su salud.

Ya tenemos la ciudad-mercado de la que hablaba Pirenne. Un Lenguaje residual, ñam-ñam, cierra el círculo con la publicidad.

RESUM

Dos models urbans, el tradicional de la ciutat-recinte i l'actual de una ciutat-flux, es refereixen a dues modalitats d'espai: un de sentit intencional i organitzat, que s'actualitza en la significació, i un altre de sentit obert, múltiple o difús que es propaga sense significar. Alhora, dos models de comunitat: un de modern, il·lustrat per una societat-màquina de vapor (Lévi-Strauss) que ja s'ha devorat a si mateixa, i un altre de postmodern, avui vigent, donat per una societat-ameba multiforme i transparent que es multiplica infinitament. A aquest darrer model de societat democràtica i capitalista, propi de les grans aglomeracions urbanes que s'aboquen a cobrir el planeta, li correspon una triple llibertat: *somàtica* (sexe alliberat), *d'acció* (joc per a la vida) i *d'expressió* (llenguatge democratitzat). Primer, el culte contemporani a la salut fa del cos un instrument de «bona vida» lubricat per un sexe profitós que deixata l'amor amb l'orgasme. Segon, la vida quotidiana és un joc de forces en pugna (pretensió/tensió/distensió) o un simple entreteniment que liquida la realitat amb la representació. Tercer, l'actual ús del llenguatge –en els mass-media: política, esports, publicitat– inhabilita el pensament amb la paraula, neutralitza la informació amb la comunicació, nega el sentit amb l'opinió (*doxa*), que ridiculitza amb la paradoxa. El pas del *cogito ergo sum* cartesià al «coito, luego existo» anònim en la actual cultura urbana ja està donat: ara existir és copular

ABSTRACT

Two urban models, the traditional enclosed city and today's city in flux, account for two spatial modalities: the former, intentional and organized, acquires meaning through signification; the latter, open, multiple and diffuse, propagates without signification. Similarly, there are two community models: one of which is modern, exemplified by a steam-engine society (Lévi-Strauss), which has already consumed itself; the other, identifiable today, is postmodern, the result of an amoebic-like society, multiform and transparent, which multiplies infinitely. This model of a democratic, capitalistic society, characteristic of large urban agglomerations which spread out over the planet, possesses a triadic freedom: *somatic* (free love), *action* (life as a game) and expression (democratized language). First, the contemporary cult for healthy living has turned the body into an instrument of the «good life», lubricated by good sex which reduces love to no more than orgasm. Second, daily life has become a game of opposing forces (pretension/tension/distension) or a simple side-show which dilutes reality with performance. Third, the present use of language in the mass-media: politics, sport, advertising strangles thought with words, neutralizes information with communication, rejects meaning with opinion (*doxa*) and that in turn is ridiculed with paradox. The simple step from Cartesian *cogito, ergo sum* to the anonymous «coito, luego existo» (coito, *ergo sum*) in contemporary urban culture has already been taken: to exist is to copulate.